

Estudios Sociales
Vol. XXVI, Número 95
Enero - Marzo 1994

150 AÑOS DE LA PROCLAMACION DE INDEPENDENCIA Y ELECCIONES GENERALES 94-98

Las raíces de nuestra historia se extienden mucho más allá de los 500 años, en la trama milenaria de los pueblos amerindios, africanos e iberos plantados, trasplantados o implantados en este suelo. Sin embargo, nuestros intentos (logros, bloqueos, fracasos, esfuerzos) de vida como nación independiente "apenas" cumplen 150 años. El criterio numérico es claramente insuficiente a la hora de explicar el que no hayamos alcanzado nuestra "madurez" como nación, pero no podemos olvidar del todo esta "edad" al mirar de modo global nuestra existencia y al contrastarla con la realidad política, social y cultural de los países que usual e históricamente nos han servido como "modelos" o como "espejos".

Esquivando el fatalismo y pesimismo ideológicos que han marcado la lectura dominante de nuestra historia, identidad y realidad nacionales, así como el populismo demagógico igualmente paralizante y justificador de caudillismos, autoritarismos y elitismos de todo tipo, creemos que el momento es oportuno para una revisión crítica -personal y colectiva- de la comprensión de nuestro proceso histórico, de nuestro momento actual, y de las aspiraciones y proyectos más legítimos (de participación y autodeterminación sin exclusiones) por los que queremos apostar como país. Tres preguntas nos pueden servir de guía para esta revisión prospectiva: **¿qué hemos hecho?, ¿qué hacemos? y ¿qué queremos hacer con nuestra independencia?** Expondremos aquí algunas pistas de comprensión que creemos deben apoyar un intento de respuesta a estas preguntas, esperando ofrecer algunas luces, pero sin pretender suplantarlo o hacer superflua (al contrario, queriendo motivar

y urgir) la tarea reflexiva de grupos, personas e instituciones nacionales en lo que refiere a la situación socio-política de la República Dominicana y a nuestro futuro como pueblo y como nación.

Momento propicio para releer nuestra historia

¿Qué hemos hecho con (o de) nuestra independencia? La insistencia en el "hacer", que guía tanto esta pregunta como las otras dos, y en un hacer común y colectivo, orienta ya nuestra respuesta y la sitúa en una perspectiva nueva. Ni la nación ni la nacionalidad son "esencias" bio-raciales y/o culturales. La historia nacional no es tampoco, como se nos ha inculcado tantas veces, la carga insostenible e intransformable, sellada y lacrada, de todos los "fracasos" (abandono y desarraigo, caos social y político, luchas fratricidas, corrupción generalizada, caudillismo autoritario, entreguismo e intervencionismo, a-institucionalidad e irracionalidad, mestizaje "degenerante", flojera e incapacidad endémicas...) que determinarían, fatalmente y para siempre, nuestro "ser" y nuestro "destino".

Se nos acusa de desconocer la propia historia. Al mismo tiempo, y como paradoja sólo aparente, los que nos ven desde afuera se sorprenden de lo presente que la llevamos y de la frecuencia con que nos referimos a acontecimientos y personajes mitificados de ella para explicar o justificar actitudes, comportamientos y decisiones personales e institucionales, y hasta nuestra realidad global. El problema fundamental está, a nuestro modo de ver, no sólo en el desconocimiento, sino en las deformaciones y en la carga fuertemente ideológica (en lo que respecta a sus categorías, acentos y omisiones) de la comprensión histórica mayoritaria y dominante. El régimen de Trujillo sistemáticamente difundió de manera eficaz y contundente esta lectura "justificadora", algunas de cuyas matrices ya venían de grupos intelectuales elitistas prohispanistas conservadores, y hasta liberales y nacionalistas, de fines del siglo pasado y comienzos del actual.

Detrás de esta interpretación histórica hay todo un "proyecto" político caudillista. Su credo reza así: "ante el caos socio-político que ha caracterizado la historia de la nación dominicana, y ante la constante amenaza extranjera (entiéndase: Haití) la única solución viable y eficaz de sobrevivencia nacional está necesariamente en el ponerse en las manos de un líder-jefe mesiánico-carismático, autoritario y centralizador, capaz de imponer el orden y de abrir así el camino del progreso y de la prosperidad".

La constante fundamental es el desconocimiento de cualquier protagonismo histórico a la gran mayoría (considerada mestiza, "inculta", "campesina", pobre...) del pueblo dominicano y hasta a sus grupos profesionales medios. Para esto se acentuó su incapacidad política (racial y "culturalmente" fundada), se le forzó a negar su herencia africana (vía el rechazo al haitiano = negro) y a buscar el "blanqueamiento cultural" como condición para alcanzar un mínimo de reconocimiento (ser alguien); finalmente, se le quitó su carácter de sujeto colectivo transformador, excluyendo toda perspectiva popular positiva del análisis y la narración histórica (a excepción del valor demostrado en el campo de combate), y machacándosele, al contrario, con la lista interminable de "fracasos" (¿suyos?) ya mencionada.

Una relectura en nueva perspectiva conllevaría un análisis crítico y desmitificador de la trama anterior y también de nuestro proceso histórico; resituando acontecimientos, causas y sujetos (personales y colectivos) más y menos responsables de este "hacer", pero, sobretodo destacando -sin idealismos populistas- las dimensiones de resistencia, de creatividad cultural, de trabajo escondido, de generosidad y acogida, de lucha por la vida frente a todas las adversidades y desesperanzas, de alegría festiva y celebrativa, y demás valores que también nos han caracterizado como pueblo. ¿Por qué y hasta qué punto ellos no ha cuajado en un proyecto político? La pregunta sigue siendo pertinente, pero sus respuestas no pueden ser paralizantes.

Quizás hoy más que nunca se hace necesario inspirarnos en la mirada de nuestro Pedro Francisco Bonó frente a la realidad nacional de su tiempo, y en particular en lo que respectaba a los sectores mayoritarios de la población excluidos de la participación política y social. Bonó responde al "pesimismo" sobre "el" dominicano y "los dominicanos", cuestionándolo de raíz y abriendo un camino nuevo de comprensión de nuestra historia: denuncia el elitismo cerrado de la interpretación dominante al mostrar cómo los grupos de poder no han contado con -ni creído en- este pueblo (que desconocen profundamente); señala por otra parte el potencial transformador y productivo de "las clases trabajadoras" dominicanas; concluye, finalmente, que el problema no es de "incapacidad" sino de falta de chance y de exclusión.

Faltaría además una revalorización de las acciones colectivas y personajes "olvidados" -y/o apagados en su dinamismo provocador y transformador- que han apostado por un proyecto nacional democrático; pero también del pueblo anónimo y de sus afanes cotidianos (su historia cultural "escondida" y los proyectos implícitos y explícitos que ésta plantea). Al acentuarse la tragicidad fatalista de nuestro pasado se quiso tapar y extinguir toda esta vida y todo este espíritu. Sin dejar de reconocer críticamente nuestras múltiples limitaciones históricas, urge hoy, sobre todo, retomar el afán -de tantos dominicanos y dominicanas- que movió las luchas de independencia de 1844, la guerra restauradora de 1963, el movimiento anti-intervención norteamericana de 1909 y 1916-24, la resistencia gavillera, los movimientos anti-trujillistas, el 14 de Junio, Palma Sola, la revolución de abril de 1965 y sus reclamos constitucionalistas, las manifestaciones estudiantiles y populares contra la represión desatada en "los doce años", la conquista democrática de 1978, las reivindicaciones masivas de 1984 contra el acuerdo firmado con el FMI y contra la miseria social y la corrupción administrativa, las huelgas generales de mitad de 1989 y de fines de 1990, las luchas contra los múltiples proyectos de desalojo de los últimos años...

Se trata de celebrar todo eso que en nuestra historia tiene de celebrable, que es mucho (y mucho más de lo que se nos ha dado a conocer) y de ver, en perspectiva de presente y de futuro, por qué los proyectos anteriores no encontraron vías de institucionalización y encauzamiento. Son estas vías las que urge hoy seguir construyendo aunando esfuerzos.

Ante las próximas elecciones: de la frustración a los desafíos

Cuando nos preguntamos qué estamos haciendo con nuestra independencia hoy, nos viene inmediatamente al espíritu todo el panorama pre-eleccionario. Al menos cada cuatro años (ojalá fuera cada día) somos "empujados" de alguna manera a reconocer el carácter político de nuestra existencia. Este no se reduce, como sabemos, al acto de echar un voto, sino que implica sobre todo situarnos ante el momento actual en tanto que personas -y pueblo- que analizan la realidad que vive su país sabiendo que en algo depende de ellas que las cosas continúen o no de la misma manera.

Por más difícil y reiterativa que sea nuestra situación socio-política, de nuevo hay que decir que el mayor "gancho" es la frustración, la desesperanza paralizante. Ella nos anula definitivamente en tanto que sujetos y no colabora sino a fortalecer, reafirmar, reiterar, con nuestra omisión o con nuestro dejarnos llevar, la realidad existente. Superar esta actitud no implica tampoco cerrar los ojos a las innumerables y escandalosas limitaciones de nuestra incipiente vida republicana y democrática. Señalaremos algunas de las que nos parecen fundamentales viendo en ellas los desafíos más apremiantes que tenemos como pueblo:

-El personalismo centralista autoritario y "mesiánico" heredado de nuestros Santanas, Báez, Lilises y Trujillos sigue siendo una matriz fuerte de lectura de nuestra realidad y "destino" políticos. El balaguerismo y otras corrientes conservadoras "nacionalistas" de corte caudillista se han encargado de avivarla y de mantener su consistencia hasta nuestros días. Esta comprensión permea, y hasta estructura en gran parte, un tipo de mentalidad bastante generalizada; ella comunica también institucionalmente su fuerza

simbólica. El paternalismo y el servilismo le son inherentes. Las "funditas" (de comida o de apartamento) constituyen un irrespeto a la dignidad de este pueblo, un jugar y comerciar con su necesidad y con la miseria generada muchas veces desde el mismo poder. El hacer de "lo que diga" el líder de un movimiento político un imperativo categórico no es simplemente algo de nuestro "folklore", sino la expresión más impresionante y descarada de un proyecto nacional no participativo. Si bien el caudillismo no es la constante de todos los Partidos existentes, el personalismo y la centralización siguen siendo sus tentaciones más fuertes.

-La falta de planificación institucionalizada y de programas de gobierno sometidos a la discusión y el control profesional y público. En efecto, algunas veces el país se parece a las calles de nuestra zona colonial, y de tantos ensanches y barrios, que al mes de ser asfaltadas se ven de nuevo picadas en gran parte de sus tramos para arreglo de cañerías, y hasta destruidas completamente para ser adoquinadas, con un gasto triplicado innecesariamente; siendo así que áreas fundamentales carecen de los presupuestos necesarios. El que la presidencia de la República gaste varias veces más del monto presupuestado y a una serie de Secretarías importantes se les reduzcan considerablemente las asignaciones aprobadas es un dato indicador bastante repetido. En 1993 la presidencia dispuso de RD \$8,210 millones "extra", de los cuales se descontaron \$4,993 millones a Finanzas, \$2,866 millones a Agricultura, \$1,361 millones a Salud Pública y \$759 millones a Educación, ejecutando, según informó la misma Oficina Nacional del Presupuesto, el 52% de los gastos públicos. Es de todos conocida la pobreza de medios y la falta de voluntad política necesaria para una correcta supervisión y control de las obras y gastos del Estado. Fuera de algún chivo expiatorio ocasional y de alguna que otra auditoria no completada, la corrupción sigue pescando a sus anchas en río revuelto.

-La falta de racionalidad, de institucionalidad, de reconocimiento y defensa del derecho y de la ley. Ligado en su raíz al desafío anterior está el hecho del uso continuo de influencias, del dinero, de la afiliación o poder políticos, y hasta de la fuerza pública

(como ha sido el caso de los proyectos de desalojo y de "defensa" forestal) para cualquier fin personal o partidista y como el mecanismo "que funciona" a la hora de resolver situaciones o de "defenderse" de la ley. Por otra parte, la antológica comparación de la Constitución con "un pedazo de papel mojado" sigue siendo expresión de un modo de ser y de hacer que deja fuera cualquier asidero racional y jurídico capaz de superar intereses y poderes ajenos al bien común. Se confunde el "orden" con la "normalidad" con tal que ésta no trascienda los límites de la resistencia colectiva y que se asegure cierta "tranquilidad social" (la "tranquilidad" que puede dar también el pensar que hay países que están mucho peor que nosotros: "aquí no hay terrorismo, ni guerrilla, ni el caos de Haití..."). Los desacatos cometidos contra presos que gozaban de orden de libertad representan, más allá de la denuncia de corrupción posible de muchos jueces, un indicador significativo de la intromisión inconstitucional del poder ejecutivo. No obstante, el espacio de las libertades públicas ha crecido y va surgiendo lentamente un periodismo crítico-reflexivo que abre horizontes de mayor discusión pública.

-El aumento de la pobreza, dentro de una dinámica de política económica o de economía política que tiende a concentrar la renta. La pobreza no deja de crecer. Según un estudio de 1989, basado en el cálculo del ingreso, el 53.71% de la población dominicana estaba por debajo de la línea de la pobreza, experimentando un aumento decisivo en relación a 1984, cuando esta cifra se calculaba en el 47.34%. En ese mismo estudio se concluía que el 10% más rico de la población recibía en 1989 el 42% de la riqueza (mientras en 1984 sólo el 34%). Aquí vale la ilustración de la política económica del turismo, que recibe cada vez más apoyos directos (facilidades de importación y de visados de turismo) e indirectos (planes de inversión en grandes y medianos proyectos con fines turísticos por parte del Gobierno). El turismo ha experimentado en 1993 un aumento del 10%, y representó más del 12% del PIB. Se convierte en uno de los principales generadores de divisas (1095 millones de dólares en 1992). Pero estas empresas se encuentran, en su mayoría, ligadas a grandes grupos transnacionales, que van

apropiándose de los lugares más bellos del país (los casos de Boca Chica y Sosúa no dejan de ser dramáticos) y continúan el dinamismo estructural de concentración de la renta (más del 50% de los empleados de hoteles reciben menos del salario mínimo), generando relativamente pocos empleos directos (unos 36 mil para 1992). Podremos hacer de Santo Domingo el principal destino turístico del Caribe; pero no podemos hacerlo a costa de excluir a las mayorías dominicanas. Hay que convencerse que sólo el aumento de nivel de vida de estas mayorías podrá traer el aumento considerable de la riqueza nacional, inclusive de los mismos inversionistas. En este sentido, la creación del Fondo Pro-Comunidad en diciembre de 1993, durante un período pre-electoral y ya viciado en la manera de estructurarlo, delata la distancia real que hay entre lo que se dice hacer para sanar la pobreza y lo que realmente se hace para aumentar la exclusión de sujetos sociales, convirtiéndolos en clientes políticos. Sin embargo, una brecha de esperanza se ha entreabierto con el acuerdo firmado por todos los partidos políticos dominicanos el 3 de febrero de 1994, titulado "Concertación para la reforma social y disminución de la pobreza". Todos los partidos se han comprometido "a disminuir la pobreza, mediante políticas de Estado que trasciendan el término de un período presidencial". Se reconoce también en dicho documento la necesidad de descentralizar la administración del Estado y fortalecer la sociedad civil.

La inclusión de las mayorías como sujetos.

Así llegamos al final de nuestro derrotero de preguntas y nos cuestionamos por el qué queremos hacer con la Independencia. La Independencia no la debemos entender como un hecho puntual del pasado, que sufre constantes atentados de presente malhadados e incontrolables. En buena medida, la Independencia está en el futuro que estemos dispuestos a diseñar; en la apuesta por un país que supere los discursos ya sabidos con proyectos alcanzables y evaluables para las mayorías. Esto sería en pocas palabras decidirnos a formar una sociedad civil.

Cualquier cambio sustancial que introduzcamos para plenificar nuestro futuro independiente tendrá que contar con *este* pueblo dominicano; apostar por él, quererlo, amarlo... "Este país no sirve..."; "Aquí no hay nadie que haga nada que sirva..." y frases similares que con más frecuencia se repiten, no crean el ambiente propicio para disponerse a planificar una sociedad más libre y capaz de crecer en libertad. Veamos un ejemplo. El crecimiento de los proyectos dedicados a las pequeñas y microempresas parecen testimoniar el dinamismo creativo e "inclusivo" de nuestra gente. Se calcula que más de 70 mil personas comenzaron a trabajar en estas empresas para el recién finalizado año de 1993. El FondoMicro calculó que para 1992 existían 330 mil micro y pequeñas empresas en el país, que empleaban a 761 mil personas (26% de la PEA) y generaban el 23% del PIB. En términos de racionalidad política, no se podrá abandonar la pequeña empresa a su total libre iniciativa, pero tampoco se deberá coartar su crecimiento. El caso de transporte en "voladoras" (minibuses) ilustra lo que queremos decir. Es impresionante la rapidez, eficiencia y trato campechano que se recibe en estos transportes, que además tienden a sindicalizarse por rutas. Pero no debe dejárseles oprimir a los pasajeros en el uso abusivo de los espacios disponibles (colocar 5 personas donde deben ir 4), o en el riesgo de vida que implica el uso de vehículos destartados que suelen circular a altas velocidades.

Debemos imponernos una racionalidad, sí... pero que acompañe el ritmo de nuestra gente, de la que ha sufrido y gozado, o en una palabra, la que ha *vivido* este siglo y medio de República Dominicana. Quizá sea esta "nueva racionalidad" más sensata, la que pueda convocar una Asamblea Constituyente que reformule nuestra Carta Magna e implique en la discusión a los diversos sectores sociales que conformamos y definamos qué queremos ser, o mejor, qué queremos *hacer* con nuestra Independencia.